EL CANTO DE ALTABIZCAR.

(TRADUCCION DEL BASCUENCE).

De pié está el Echeco-jauna
ante su puerta, y del centro
de los montes euskaldunas
retumba un grito á lo léjos.
El mastin que á sus pies duerme
se alza vigoroso y presto,
y el Altabizcar resuena
con sus ladridos violentos.
Ya un rumor cerca se escucha,
ya por Ibañeta el eco
de roca en roca resuena
ya se aproxima; qué es esto?
un egército que avanza,
un egército estrangero.
De las cumbres de los montes
le contestaron los nuestros;
suena el cuerno; Echeco-jauna,
aguza tus flechas presto.
¡Que vienen! ¡que vienen! ¡oh!
¡qué bosque de lanzas veo!
¡qué de brillantes colores!
¡cuantas banderas en medio!
Cuéntalos tú, mutillá,
—Diez...veinte... cincuenta... ciento....
doscientos.... quinientos.... mil....
miles y miles..... es tiempo
perdido el contarlos.—Basta.
Euskaldunas, ahora aunemos
todos los nervudos brazos
y estas rocas arranquemos,
lancémoslas en sus frentes,
matémoslos, aplastémoslos.
¿Qué vienen á hacer aquí
hijos del norte, el sosiego
á turbar de estas montañas?
Cuando sus cumbres el cielo
levantó, fué porque nunca
las hollára el estrangero.

Pero las rocas ya caen.....
ya bajan rodando en medio
de sus haces..... sus cabezas
aplastan..... de sangre veo
arroyos mil..... ¡Qué de carnes
machacadas! ¡què de huesos
rotos, molidos! ¡qué mar
de roja sangre! Huid presto,
huid, los que todavia
teneis fuerzas y un ligero
corcel. Huye, Carlomagno,
con tu brillante sombrero
de negra pluma y tu capa
encarnada. ¡Ay! yace muerto
allá bajo tu sobrino,
tu Roldan, tu caballero
mas valiente, y su bravura,
su valor, todo su esfuerzo
fué en vano. Ahora, euskaldunas,
de estas montañas bajemos,
lanzando á los fugitivos
las flechas de nuestros cuernos.
Huyen, huyen, dónde estàn
tantos colores diversos?
todo aquel bosque de lanzas?
tantas banderas en medio?
Cuéntalos tú, mutillà,
mutillá, cuantos son?—ciento.....
veinte... quince... diez... seis... cinco....
tres.... dos.... uno..... ni uno veo;
ni uno!—Basta. Echeco-jauna,
retírate con tu perro,
vé á abrazar tu dulce esposa,
vé á abrazar tus hijos tiernos;
limpia tus flechas de sangre
y pónlas dentro del cuerno.
Por la noche aquí vendrán
á devorar esos cuerpos
los buitres, y eternamente
blanquearán aquí sus huesos.

P. FECED.